



17 de octubre 2023

Mis queridos hijos e hijas en Cristo,

Ha sido un honor y una alegría compartir con ustedes algunas verdades básicas y esenciales de la fe católica a través de esta serie de Cartas Pastorales. Hoy me gustaría hablar de la séptima y última verdad que enumeré en mi Carta Pastoral del 22 de agosto de 2023:

“Para seguir a Jesucristo, debemos elegir voluntariamente tomar nuestra cruz en lugar de intentar evitar la cruz y el sufrimiento que Nuestro Señor nos ofrece a cada uno de nosotros individualmente en nuestra vida diaria. El misterio del sufrimiento redentor, es decir, el sufrimiento que Nuestro Señor nos permite experimentar y aceptar en este mundo y que luego le ofrecemos a él en unión con su sufrimiento, nos humilla, nos purifica y nos adentra en la alegría de una vida vivida en Cristo. Esto no quiere decir que debemos disfrutar o buscar el sufrimiento, pero si estamos unidos a Cristo, al experimentar nuestros sufrimientos diarios podemos encontrar la esperanza y la alegría que existen en medio del sufrimiento y perseverar hasta el final en todos nuestros sufrimientos (cf. 2 Tim 4, 6-8)”.

La pregunta de por qué el sufrimiento está entrelazado en nuestra existencia humana ha preocupado y dejado perpleja a la humanidad desde los albores de la historia. El sufrimiento parece ser un gran misterio, y cuando estamos en medio de él, podríamos preguntarnos: “¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué Dios nos permite sufrir si nos ama?”. La respuesta definitiva a estas preguntas es ésta: el libre albedrío. Dios nos creó, nos ama y quiere lo mejor para nosotros en todos los sentidos; Él quiere que vivamos para siempre en el Cielo con él en una relación amorosa. Sin embargo, para tener una relación amorosa y eterna con él, tenemos que aceptar su amor y después elegir amarle a él, porque el amor sólo es posible si uno puede elegir entre amar o no amar. Dios, que es amor, no nos obligará a amarlo y pasar la eternidad con él en contra de nuestra voluntad porque eso no sería amor.

Nuestros primeros padres, Adán y Eva, eligieron desobedecer a Dios, un acto contrario al amor, y por lo tanto el pecado y la muerte fueron introducidos en el mundo. Como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: “El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador y, abusando de su libertad, desobedeció al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre. En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad” (CIC 397).

Sin embargo, Dios envió a un nuevo Adán, su divino Hijo, Jesús, para redimirnos del pecado original cometido por nuestros primeros padres, así como del pecado personal que cada uno de nosotros cometemos en nuestras propias vidas a través de nuestros pensamientos, palabras, obras y omisiones.

Este acto de sacrificio perfecto por parte de Jesucristo en la cruz nos muestra el modelo de cómo el sufrimiento puede ser redentor, y forma la base de un concepto que la Iglesia conoce como la Economía de la Salvación, por el cual reconocemos la actividad de Dios en el gobierno del mundo, particularmente con respecto a nuestra salvación ganada por Cristo. Cuando abrazamos el misterio del sufrimiento en la Economía de la Salvación de Dios, y cuando reconocemos que nuestro dolor es en realidad una invitación a participar con Cristo en la cruz, encontramos no solo un significado, sino incluso una belleza profunda en el sufrimiento, ya que nos humilla, nos purifica y nos conforma a Cristo de una manera que nada más podría. A menudo puede ser difícil para nosotros reconocer el bien que proviene del sufrimiento cuando lo estamos experimentando, pero es típicamente en esos momentos de sufrimiento cuando Dios nos está refinando más.

Es importante que reconozcamos en nuestro sufrimiento que la voluntad de Dios para nosotros siempre incluye la misericordia, y que la confianza en Dios implica creer que él nos ama perfectamente y que él tiene compasión por nosotros. Sin embargo, esto puede ser difícil de realizar y aceptar, especialmente cuando parece que no hay alivio del dolor, no hay sanación de la enfermedad, etc. Sin embargo, cuando Dios proporcionó el sacrificio supremo, su Hijo Divino, este sacrificio cubrió al mundo entero con su compasión y su misericordia. El sufrimiento de Cristo en la cruz, nuestro signo de esperanza y de vida eterna, nos permite la oportunidad de entrar en esa esperanza y esa promesa al unir nuestro sufrimiento con el suyo, y reconocer que dentro de nuestro dolor y sufrimiento se puede encontrar la inmensa compasión y misericordia de Dios.

Pero, ¿cómo puede nuestro sufrimiento convertirse en redentor? El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que todo sufrimiento “puede tener también un sentido redentor por los pecados de los demás” si lo unimos a la pasión de Cristo” (CIC 1502). “... Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace tuyas sus miserias...Por su pasión y su muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con él y nos une a su pasión redentora” (CIC 1505). El sufrimiento en unión con la pasión de Cristo “recibe un sentido nuevo, viene a ser participación en la obra salvífica de Jesús” (CIC 1521).

El sufrimiento redentor es un amor bello y perfecto. Somos capaces de sufrir redentoramente solo a través de la gracia de Cristo. A veces puedes escuchar a los católicos decir sobre el sufrimiento: “ofrécelo”. Eso es porque el sufrimiento puede tener un propósito cuando se une con Cristo en la cruz. Puede traer mucha esperanza y alegría a tu vida, incluso en medio del sufrimiento, saber que algo hermoso se está produciendo a partir de algo difícil. Lo importante es darse cuenta de que el sufrimiento redentor no es algo por lo que pasas solo: ¡Cristo está contigo, experimentándolo contigo! En nuestro sufrimiento que se ofrece a Cristo, él nos atrae a sí mismo y a su Sagrado Corazón.

“Ofrecerlo” transforma el sufrimiento de miseria en amor. Sin embargo, cuando alguien está sumido en un profundo sufrimiento, puede sonar despectivo decirle que “lo ofrezca”. Debemos ser empáticos con los que sufren, ya que a veces es difícil ver cómo el sufrimiento puede ser redentor cuando uno está en medio de un sufrimiento terrible, o si un niño o un ser querido está sufriendo. Sin embargo, podemos orar no solo para ofrecer nuestros propios sufrimientos por el bien de los demás, sino que también podemos orar para que el Señor use los sufrimientos de los demás para su propia purificación y crecimiento espiritual,

incluso si ellos mismos no pueden verlo. Todo sufrimiento, cuando se une con el sufrimiento de Cristo, es redentor. Como nos dice san Pablo: “Ahora me alegro de poder sufrir por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24). El sacrificio de Cristo en la cruz fue perfecto, pero ¿qué le falta a su sacrificio perfecto? Sólo nuestra participación en ella. El sacrificio perfecto de Cristo en la cruz destruyó la muerte y los efectos eternos del pecado. Y en nuestro sufrimiento, unido con el suyo, él nos da el poder de participar en la salvación que él ganó para nosotros.

El sufrimiento puede provocar a veces una profunda soledad. Sin embargo, es esta soledad la que puede hacer que nos acerquemos, más allá de la comodidad terrenal, a aquel que nos llama a participar en el misterio del sufrimiento con él. Jesús eligió entrar en nuestra soledad haciéndose humano. Experimentó una profunda soledad en el Jardín de Getsemaní, donde sufrió su agonía mientras se preparaba para su muerte inminente, y ni siquiera sus discípulos se quedaron despiertos con él (cf. Mt 26, 36-45). En la cruz, Jesús gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27, 46). Por su pasión, Jesús soportó la máxima soledad para llenar nuestra soledad con su presencia, y en nuestro sufrimiento, él está profundamente presente.

Como discípulos de Jesucristo, no estamos llamados a buscar el sufrimiento, pero cuando Dios permite que el sufrimiento llegue a nuestras vidas, estamos llamados a aceptar la cruz que él nos ofrece y a abrazar el trabajo que Dios está realizando en nuestras almas como algo necesario para nuestra purificación y santificación. Aunque no tenía pecado, Jesús nos dio un modelo perfecto a seguir: “Porque él no vino para socorrer a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham. En consecuencia, debió hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en el servicio de Dios, a fin de expiar los pecados del pueblo. Y por haber experimentado personalmente la prueba y el sufrimiento, él puede ayudar a aquellos que están sometidos a la prueba” (Heb 2, 16-18). Jesús lo demuestra maravillosamente en el Huerto de Getsemaní cuando dice: “Padre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt 26, 39). Muchos grandes santos a lo largo de los siglos también han abrazado esta realidad esencial de la cruz en sus vidas y nos han dado ejemplo de cómo abrazar el sufrimiento.

El Papa san Juan Pablo II nos dejó una hermosa carta apostólica *Salvifici Doloris*, en la que contempla el papel del sufrimiento en la historia de la salvación, incluyendo cómo nuestra Santísima Madre ejemplifica lo que significa compartir el sufrimiento de Cristo: “‘... Testigo de la pasión de su Hijo con su presencia y partícipe de la misma con su compasión, María Santísima ofreció una aportación singular al Evangelio del sufrimiento’... Ciertamente Ella tiene títulos especialísimos para poder afirmar lo de completar en su carne —como también en su corazón— lo que falta a la pasión de Cristo” (Salvifici Doloris, párr. 25).

Santa Gema Galgani, también conocida como la “Flor de Lucca”, fue una mística que nació en 1878 en Italia. A lo largo de su vida tuvo muchas experiencias místicas. Sufrió mucho y murió de tuberculosis a los 25 años. Nos dio este hermoso mensaje sobre el sufrimiento: “Jesús me dijo una vez: ‘¿Sabes, hija, por qué razón envío cruces a las almas que me son queridas? Deseo poseer sus almas, por entero, y para ello las rodeo de cruces, y las encierro en sufrimientos y tribulaciones, para que no escapen de mis manos; y para esto esparzo espinas, para que las almas no fijen sus afectos en nadie, sino que encuentren todo el

contento sólo en mí. Hija mía, si no sientes la cruz, no puede llamarse cruz. Ten la seguridad de que bajo la cruz no te perderás” (Santa Gema Galgani, Carta a Monseñor Volpi).

Al examinar algunas verdades básicas de nuestra fe católica en esta serie de Cartas Pastorales, hemos visto la naturaleza cooperativa y complementaria de los sacramentos como parte de la Economía Divina de la Salvación de Dios. Hemos hablado del sufrimiento en esta carta; por tanto, volvamos ahora al sacramento de la Unción de los Enfermos (a veces llamado Extremaunción) mientras reflexionamos sobre la cruz en nuestras vidas. Como todos los sacramentos, la Unción de los Enfermos nos muestra a Cristo presente en su Iglesia; en este caso, él está más presente para nosotros como nuestro Señor sanador. El mismo Jesús que devolvió la vista al ciego y que curó a la mujer con hemorragia está presente para las almas que sufren a través del ministerio de sus sacerdotes; y a través de esos sacerdotes, Nuestro Señor puede traer la sanación del cuerpo, la mente y el espíritu en este sacramento. Sin embargo, es importante señalar que, aunque este sacramento se administra normalmente a quienes padecen una afección física grave, el efecto más importante de la Unción de los Enfermos es el fortalecimiento espiritual, la sanación espiritual y el perdón de los pecados que Dios imparte a través de este sacramento. Por tanto, aunque una persona que reciba este sacramento pueda recibir la gracia de una sanación física, si eso está en consonancia con la voluntad de Dios; el individuo siempre recibirá la gracia invisible de la sanación espiritual, aunque no haya signos visibles de sanación física.

Del Catecismo de la Iglesia Católica, entendemos que: “La gracia especial del sacramento de la Unción de los enfermos tiene como efectos: la unión del enfermo a la Pasión de Cristo, para su bien y el de toda la Iglesia; el consuelo, la paz y el ánimo para soportar cristianamente los sufrimientos de la enfermedad o de la vejez; el perdón de los pecados si el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la penitencia; el restablecimiento de la salud corporal, si conviene a la salud espiritual; la preparación para el paso a la vida eterna” (CIC 1532). Una persona no tiene que estar necesariamente cerca de la muerte para recibir la Unción de los Enfermos, y este sacramento puede recibirse tantas veces como sea oportuno a lo largo de la vida de una persona cuando se busque la sanación física y/o espiritual de Dios. Para las personas próximas a la muerte, un sacerdote puede realizar un conjunto específico de oraciones y actividades sacramentales conocidas como Últimos Ritos, que incluyen el Sacramento de la Unción de los Enfermos, y normalmente una Reconciliación final (si es posible), y una recepción final de la Eucaristía (si es posible), que se conoce como “viático”.

Antes de concluir este debate sobre el sufrimiento, me gustaría afirmar que hay muchas personas en el mundo que sufren por su fe a causa de los ataques de su propio gobierno, o de otros que son hostiles a Cristo y a su Iglesia. Nuestro Señor camina especialmente cerca de estas almas sufrientes. Recemos constantemente por ellos. Hay muchísimos santos dispuestos a ayudarles; roguemos por su intercesión. Sin embargo, también quiero mencionar, especialmente en este tiempo del Sínodo sobre la Sinodalidad, que nos encontramos en un momento único, ya que hay muchos que están sufriendo por su fe al intentar defender el Depósito de la Fe debido a los ataques desde dentro de la propia Iglesia. Quisiera pedir a quienes están siendo perseguidos de esta manera que recuerden que ellos también caminan sobre las huellas de Jesucristo, y que también hay muchos santos que han sido perseguidos por quienes, en la Iglesia de Cristo, deberían, por encima de todo, defender su verdad. Mantengámonos firmes y no vacilemos, y digamos con san Ignacio de Antioquía: “... Vengan fuego y cruz y luchas con bestias salvajes...,

arrancamiento de huesos, corte de miembros, aplastamiento de todo mi cuerpo, vengan crueles torturas del demonio a asaltarme. Solo sea mío alcanzar a Jesucristo” (Carta de San Ignacio a los Romanos, capítulo 5, versículo 3).

En conclusión, Cristo es nuestro ejemplo de cómo sufrir, y él nos enseñará a medida que unamos nuestros sufrimientos a los suyos. Él promete que su gracia es suficiente y está disponible para todos. Nos ofrece su vida divina en medio de nuestros sufrimientos a través de los sacramentos. Los exhorto, mis queridos hijos e hijas en Cristo, a que asistan a Misa todos los domingos y días de precepto, y a que se esfuercen por asistir a la Misa diaria todas las veces que puedan; a confesarse con frecuencia; a rezar el Rosario; y a pedir ayuda a los santos. Alégrese de que podamos participar en nuestra propia redención y en la redención del mundo negándonos a nosotros mismos, tomando nuestra cruz y siguiéndolo a él.

Que Dios Todopoderoso los bendiga, y que reciban el fortalecimiento, la sanación y la perseverancia que Nuestro Señor desea para ustedes al ofrecerle sus sufrimientos.

Sigo siendo su humilde padre y servidor,



Mons. Joseph E. Strickland

Obispo de Tyler